

***No nos volverá a suceder (a menos que...)***  
**RODOLFO MARCOS TURNBULL**

( Ya nos saquearon, no nos volverán a saquear" fue casi un grito lanzado por el presidente López Portillo hace poco más de doce años, para sacar a sus diputados del marasmo habitual de los informes de gobierno y que éstos no perdieran el gran momento: en un golpe de timón espectacular, nacionalizó la banca. Acto digno de las mejores causas, se habría imaginado López Portillo, como el de Cárdenas, el presidente, desde luego. Nunca quedó claro, para el grueso de la población, ni quiénes habían saqueado al país, ni de qué manera lo habían hecho ni aun cómo es que con la banca nacionalizada, en efecto, no iba a suceder de nuevo. Le llevó un poco más de seis años a Miguel de la Madrid y a su equipo, ya afianzado en el poder, revertir el acto de su antecesor pero finalmente pudo desnacionalizar la banca. Salinas de Gortari consiguió, aparentemente, transformar de forma radical la economía. Una política económica que se había iniciado con López Mateos y que culminaría con el propio López Portillo, se convirtió, merced a un caudal de concesiones al gran capital, en una especie de paraíso de cierto tipo de inversión. Así empezó, de nuevo (no sin antes exigir medidas de austeridad "necesarias") el principio de la administración de la nueva riqueza mexicana.

Pero de nuevo nos preguntamos, ya frente a la avalancha de hechos consumados: devaluación, alzas, préstamos de rescate, etcétera, ¿qué pasó?, ¿es que nos volvieron a saquear?, ¿los mismos?, ¿los llamados en su momento "saca dólares"?, ¿otros?, ¿quiénes? Muchas preguntas que, parece, no se tiene la disposición política de responder. ¿Cómo es posible que se haya pasado de unas reservas de 24 mil millones de dólares a 3 mil 400, según las cifras que dio a conocer recientemente el Banco de México? No se necesita ser muy ducho en matemáticas para comprender que los tales 21mil millones de dólares no pueden ser todos capital golondrino.

¿Quiere decir, entonces, que no importa qué sistema económico se diseñe y se lleve a cabo, el resultado es siempre el mismo: el más absurdo e impune saqueo? Hay diferencias, desde luego: en el último año de la "administración" de la riqueza veinte prominentes mexicanos se sumaron a los ya existentes cuatro para engrosar las listas de los hombres más ricos del planeta. Lástima que con la devaluación, doce de ellos, la mitad, ya no aparecerán en la edición de 1995 de Forbes. Pero nos quedan los otros doce, algunos vienen arriba en la lista. Con el paquete de Clinton, estamos a salvo de no perder más.

Se nos dijo que el problema fue causado por un montón de razones de las cuales (salvo el subcomandante Marcos) parece que nadie es responsable: déficit en la balanza comercial (¿no que la mayoría de las importaciones eran de bienes de capital que nos permitirían producir productos para exportar?), el levantamiento en Chiapas (memorable: la devaluación en diciembre tenía adjetivo: marquista), el pleito sucesorio, Camacho, Córdoba, Colosio; los asesinatos (pero sobre todo la incapacidad para resolver los crímenes), las elecciones, etcétera. Todas tienen un solo elemento en común: en alguna medida participa en ellas Carlos Salinas de Gortari. No solamente en tanto que al presidente de la República le competen por lo menos el conocimiento de las cosas que suceden en México, sino, me refiero específicamente al sujeto Salinas de Gortari, esto es,

al que funciona, como todos, desde el lugar del deseo. Cuando Daniel Cossío Villegas hace mención al estilo personal de gobernar, no se refiere únicamente al estilo personal de hacer política: eso, en México, en el pueblo gobernado ha dado lugar, sobre todo, a los chistes sobre los personajes. Pero resulta mucho más trascendente, a mi modo de ver, la estructura subjetiva del presidente en turno por lo que tiene de incidencia en la vida de todos los mexicanos.

Hace unas semanas, en un anuncio de Este País aparecido en el semanario Enfoque del diario Reforma, el duende de García Lorca se hizo presente y transformó el título de mi ensayo que apareció en el mes de febrero ¿ Un país de leyes? por Un país de reyes? El duende, que no por serlo es irreal, habría hecho una lectura exacta: cada seis años el país se transforma bajo los dictados de un nuevo rey: 220 cambios o reformas ha sufrido nuestra constitución desde Abelardo L. Rodríguez hasta Carlos Salinas de Gortari. Ernesto Zedillo ya lleva, en apenas dos meses, 27. El problema radica en que no estamos exentos de que cierta locura hubiera sido la guía, alguna vez, de las decisiones más trascendentales. El analista del presidente (1967), la película de Theodore J. Flicker relata las "aventuras" de un psicoanalista que es contratado para ocupar secretamente tal posición para el presidente de los Estados Unidos (en esa época el presidente en turno era Lyndon B. Johnson, quien se había comprometido hasta el cuello en una guerra loca que desató más locura: la filmografía americana al respecto es muy vasta). La propuesta de Flicker es interesante por novedosa, aunque tuvo que acudir a hacer de ella una screwball comedy, so pena de que la locura presidencial se tomara en serio y por aquello de que efectivamente pudiera llegar a ser. ¿Alguien siquiera ha fantaseado con la idea de que el presidente de México se analizara? Finalmente, antes de ser presidente es sujeto; sujeto de deseo.

No se puede descartar muy fácilmente la posibilidad de que quien dirige los destinos de un país esté loco: ¿hay alguna imagen de locura más poderosa que la de Nerón? Todos reconocen a un loco en Luis de Baviera. La conseja popular atribuye al que se siente Napoleón el grado máximo de locura. Hitler, sin duda era un paranoico. Nuestro primer acercamiento al conocimiento de Santa Anna, en la primaria, se desliza por el lado de su locura: ¿nomandó Su Alteza Serenísima a hacer honras fúnebres a su pierna amputada? Sin embargo, el mito que se ha hecho alrededor de estas figuras actúa como pantalla para considerar el problema de fondo: la vulnerabilidad de una nación con un sistema como el nuestro.

Cuando un sistema (esto es, un lazo social como el que actualmente nos rige) da a un solo sujeto la posibilidad de concentrar en él todo el poder decisorio, nos trepamos a un trapecio sin red. Y sin embargo todavía causa sorpresa y nos llamamos a engaño y nos rasgamos las vestiduras por lo que "nos hicieron". Parte de la tragedia radica en que los gobernados comparten algunas responsabilidades con el gobierno: si alguno de los actos se rozan con la locura, entonces hay algo ahí que nos toca. ¿Por qué algunos se han sentido tan embaucados frente a los acontecimientos recientes? ¿Es que no hubo indicios suficientes de que las cosas no andaban bien? ¿Qué lectura posible pudieron haber hecho quienes se sintieron robados por el modelo económico neoliberal? Las desigualdades entre los mexicanos, visibles para cualquiera que quisiera verlas, fueron insuficientes frente a un modelo que, en última instancia, se regodeaba complaciéndose en su visión imaginaria: un país de primer mundo, a la medida del mercado comercial más grande del orbe.

No es un problema de ideología la diferencia social, económica o educativa: si nos detenemos un poco a pensar, veremos que aceptar las profundas diferencias constituye una forma sutil de ceguera que ve sin ver. Es en este momento de la percepción cuando entra en juego la ética: en efecto, a diferencia de lo que pudiera pensarse, no es la percepción la que la condiciona. Esta noción es en la que descansa toda agencia caritativa: muestra la carencia que alguien sufre y, haciendo un llamado a la ética, obtiene el bien. Pero de hecho es la ética, más bien, la que va a condicionar la percepción. En el seminario sobre la Ética del psicoanálisis, Lacan, siguiendo a Freud, va a afirmar que en el mundo, intensamente subjetivado, la realidad será tamizada, clasificada, percibida en una forma "profundamente elegida" por el hombre. La locura nos da pruebas exactas de ello: la alucinación es, finalmente, una percepción elegida. Entonces, una ética muy condicionada al consumo de bienes, parece haber igualmente condicionado la percepción del mundo que Salinas ofrecía: primer mundo, OCDE, Santa Fe, director de la OMC, postgrados en Estados Unidos, portadas en las revistas de circulación internacional, bien recibido por los principales dignatarios, ejemplo para algunos mandatarios latinoamericanos despistados, etcétera.

Se podrá argumentar, entonces, que dado que la percepción es eminentemente subjetiva, ¿cómo es que tantos la pudiesen compartir? Si finalmente no hay lugar sino para cada uno, uno por uno, ¿cómo es posible unos efectos similares entre tantos? Sucede, también siguiendo a Lacan (quien a su vez lo hace a partir de Hegel), que de entre los lugares sociales que pueden ocuparse, aquellos que ahora se sienten traicionados han ocupado, sobre todo a partir y gracias a Salinas, el lugar del amo. El amo pretende que la contraparte (el esclavo) se someta como tal a una palabra, a su palabra. Pero el punto para comprender su desazón por el derrumbamiento de la economía es saber qué era lo que lo movía para, verdaderamente, creer en el paraíso que Salinas ofrecía. Lo que manifiesta el lugar del amo es una absoluta incapacidad para actuar de acuerdo a su deseo; no que carezca de ello, sino que de su deseo no sabe nada (y no le interesa mucho saber).

Lo que lo mueve, aquello en lo que encuentra apoyo es, a fin de cuentas, las identificaciones que va descubriendo en su vida. La principal de ellas su nombre: lo importante de la lista de Forbes, para amo y esclavo, no era el monto de la fortuna sino que proveía de nombres que se identificaban inmediatamente a los nombres de otros amos en otras latitudes: la reina de Inglaterra o el sultán de Bahrein junto a Slim, Azcárraga o Hernández. El amo se encontró feliz de encontrar otros como él más allá de las notas de sociedad locales; el esclavo también feliz porque podía reconocer el nombre del amo (en tanto que su deseo encuentra así un rostro). Otras identificaciones del amo, no menos importantes, son la posesión de los medios que le permitan sostenerse en ese lugar. El coraje del amo surge porque de un plumazo se le desvanece la posibilidad de mantenerse en ese lugar, de salir de la lista, de atisbar que el deseo del esclavo, es decir, la destrucción del amo, se puede convertir en realidad. El haber percibido esta posibilidad es lo único que puede dar cuenta de porqué de acuerdo a una declaración de Luis Germán Cárcoba, los primeros capitales que salieron del país fueron de mexicanos. Ahí se encuentra la explicación de porqué la huida de los capitales golondrinos es insuficiente.

¿Nos volverá a suceder? ¿Nos volverán a saquear? Sí, porque no se trata de un problema económico ni financiero (éstos son, tan sólo, sus consecuencias). Sí, porque todas las reformas que Zedillo introduzca serán siempre insuficientes en un país de reyes y el rey no se va a cortar su propia cabeza. Sí... porque a menos que se den ciertas condiciones, el amo no lo puede evitar.

Se encontraba la rana, dice la fábula, al borde del río. A su lado estaba también un alacrán que amablemente le pide a la rana que lo lleve sobre el lomo a la otra orilla. Esta, nada tonta, le dice que no, que el alacrán está loco si cree que va a arriesgar su vida cruzando a un animal tan ponzoñoso que con tan sólo una picadura, ella caería fulminada en el acto, a lo que el astuto alacrán le responde que eso es imposible porque si él hiciera eso, moriría también ya que, como buen animal terrestre, no sabe nadar y se ahogaría al morir la rana. Ante tan irrefutable y contundente lógica, la rana accede y trepa sobre su lomo al alacrán quien a medio camino le propina una picadura a la pobre rana que, extrañada, se voltea hacia el alacrán y le reclama su proceder:

- ¿Por qué me picaste, alacrán, ahora yo me enveneno y tú te ahogas.
- Así es —responde el alacrán—, pero no pude evitarlo. Es mi naturaleza.

Identifique el lector a sus personajes: póngales rostro y no se preocupe, algún día, y lo sabemos, los alacranes como los amos se volverán a ahogar.